



## Oh no!

@ 2007. Julia García Orive

@ 2007. Eolo Dreams, S.L.U.

Portada e ilustraciones: Julia García Orive



Edita: Eolo Dreams, S.L.U.

[www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)

e-mail: [eolo@casaeolo.com](mailto:eolo@casaeolo.com)

Reservados todos los derechos.

Se autoriza la reproducción y difusión de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente, el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar ([www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)).

Inspirarse en el día a día sería una buena forma de encontrar motivos para que, llevar las botas medio número más grandes, sirviera para salvarme la vida. Cuando salgo a la calle me parecen los coches todavía más grandes, casi me los podría meter entre los dedos y el tope de la suela y, sin embargo, la asociación más directa que hoy en día, 23 de abril, tendrían muchos entre un coche y yo, es un atropello con desperfectos. Seguro que no debido a que corra para librarme del choque, sino precisamente porque correr con los pies deslizándose dentro de unas bananas se me hace tan complicado.

Esquivo otro coche, hopla, ése me calentaría bien los pies. ¡Ruge enfadado!

Voy a confesarles que he salido en busca de una aventura, pero me desilusiona mi poco interés hacia casi cualquier tipo de enemigo. Nadie dijo que la primera necesite del segundo para existir. Yo, al menos, ni siquiera he leído la definición de aventura, pero con el protagonista, suele venir

servido el antagonista, y tratarse de un gran molestandor inoportuno. Oportuno si se quieren líos. Los líos, sin embargo, se los busca uno con botas que le hacen tropezar todo el tiempo, y cuando se pone a llover como acaba de comenzar a hacerlo, ya no se sabe si el charco es el destino, o si los dedos quedan más lejos de la punta húmeda. Y eso es, por lo menos, un alivio.

El tiempo ha cambiado, la gente lo sabe. Proyectan las miradas y los morros compungidos hacia las nubes, y no es por las nubes, en realidad, sino por un efecto climático tan aleatorio. Yo me escondo en el metro y otra nube de calor vuelca mis ganas de aventura en la dirección contraria. Cuando necesitas levantar continuamente los pies para arrastrar un calzado que, se te escaparía caminando con un poco de garbo, estás tensando un músculo de más que llega a doler... ¡tanto!

Reconozco que amar los caminos y marchar por ellos a gusto corresponde al paseante. Incluso en el metro. Pero aquí no hay bonitos campos de

labranza, a veces vallados, que me den la oportunidad de lanzarme a robar algunas manzanas asilvestradas, pero con dueño. En una persecución tampoco me salvarían la vida, mis botas. El aire tibio a ráfagas, tan pesado y caliente, que circula como burbujas densas por los pasadizos, tiene que ser parte del desequilibrio de ahí afuera. Un órgano de su motor.

Al fin, el vagón se pone en marcha y con el traquetreo, trastabillo, y alguien me pisa. Pero no me toca el pie. Es un muchacho de ondulados cabellos castaños que se erizan en la punta. Parece tan desolado que le pido perdón. ¡Aunque no corresponda!. De pronto, las pantallas del metro se activan y retransmiten el abatimiento del Dragón por San Jorge, como un pobre y enorme toro lleno de banderillas sangrantes. ¡Un momento! Pero si se trata de este joven deprimido que tengo aquí delante.

- Disculpe, ¿es usted Jorge?

Mira al suelo y parece querer asentir sin que nadie más se dé cuenta.

- Estoy en los canales. – Dice luego.

Igualito que en Ono, como si con un mando a distancia pudiese desplegar un abanico de imágenes, me parece ver ya, no sólo al muchacho en las pantallas, sino incluso reflejado en las ventanas del vagón y me pongo a dudar de si no será el mismo un holograma.



- Cuántos documentales. – Le digo. – Y cuántas versiones. – Me fijo en una de las ellas en las que aparece con una enorme barba. - ¿Y por qué tanta angustia?

- Tú lo has dicho. – Contesta. - ¡Angustia! ¡Se me acabaron las ideas!

A tiempo estoy de impedir que se cierre la puerta con la punta extralarga de mi pie. Se abre otra vez y salimos juntos. Las ventanas de los vagones se desplazan, todas coloridas como collages visuales, cambiantes mientras el gusano entero desaparece por el túnel.

- Este año te preguntamos a ti, le preguntamos a usted, a ése, a los de allá, qué quieren que pase. – Dice con aire compungido.

Con tantas posibilidades como acaban de mostrar las pantallas, no sabría si inspirarme para buscar otras nuevas o saturarme para siempre.

- Me parece que tienes ganas de decir: mátenme ustedes al dragón.

- No, demasiado egoísmo. Incluso proveniente de mí. Un dragón lo tiene cualquiera.

Cuando salimos a la calle y pasamos delante de una tienda de televisores, las imágenes de tantos Jorges Santos de todos los tiempos, vuelven. Igual que el sol.

- Pero en tu caso todos esperan que lo mates un día.

- Mira, me lo están recordando. – Y señala en dirección al escaparate ardiente de batallas de San Jorge y el Dragón.

Mi tropezón en ese momento es quizá, decisivo. Grito de dolor y al tratar de ponerme en pie me doy cuenta de que no va a poder ser posible.

- Qué vida van a salvar estas botas. – Grito. –  
Buscar aventuras, facilitarse a sí mismo el tropiezo,  
¡qué bonito!

Se me están cayendo las lágrimas por las mejillas, como si tuviera dos sifones detrás de los ojos, y hay personas que ya comienzan a pararse delante de nosotros, sorprendidas. Jorge, al que la fama ha vuelto más tímido de lo esperado, tiembla a mi lado, esperando que me ponga en pie. Me posa una mano en el hombro, y es cuando comienzan a reconocerlo, a pesar de que detrás, en la tienda de televisores, la mayoría de los santos Jorges lleven cotas de malla y tengan narices más fieras.

El estallido de aplausos que se nos viene encima, me hace unir un par de ideas, y me dejo llevar. ¡Literalmente! Oh, todos creen que la parte del dragón ya ha debido ocurrir. Y que San Jorge me ha salvado la vida. No lo menciono, pero en realidad me alegro de sean mis botas las que lo estén salvando a él.

- Jorge, no pongas esa cara y aprovecha, de vez en cuando hay cambios de guión.

- Pero si ni siquiera hemos encontrado una doncella.

Sin embargo, eso no es lo que le parece a todo aquel que nos mira, y cuando doblamos la esquina, más bien, la dobla Jorge conmigo en brazos, nos caen unas cuantas rosas desde algún balcón al paso, y me río preguntándome si al dragón no le habrá parecido mal quedarse este año para el postre. Esté donde esté, le prometo que siempre habrá un hueco para él, si todavía quiere cambiar las cosas, aunque tenga que ser acomodado junto a mis pies, dentro de estas botas milagrosas.